

les de estrechar mas y mas cada dia. El mismo origen, la misma religion, las mismas costumbres, casi la misma habla pre-



sentaban á entrambos pueblos, no como extranjeros sino como hermanos: ninguna causa fundada de enemistad subsistia entre ellos; ningun obstáculo á una union íntima y permanente. Solo era necesario que una politica previsora y templada se abstuviese de querer fundar la dominacion del uno á costa del otro; que respetase igualmente los derechos é intereses de entrambos; y que dejase al trascurso del tiempo el cuidado de confundir los intereses, cual hijos de una misma familia. Pero suspendamos ya nuestras reflexiones, que nos han conducido harto lejos del Escorial, y sobre todo del Panteon. Reanudemos nuestra Historia.

Algo mas aliviado del peso de sus compromisos y restablecido en parte su erario, dispuso Felipe IV que la obra del Panteon se continuase hasta su fin: nombró al efecto superintendente de ella á uno de sus ministros favoritos, el que si bien espidió algunas órdenes para acopiar materiales y buscar artífices, dió harto claro á entender que no aprobaba en aquellos momentos la distraccion de fondos para el Panteon. Y si á estos entorpecimientos se añaden las dificultades que la misma obra ofrecia de suyo, no es extraño llegara á creerse que la bóveda sepulcral de los *Reyes* jamás tocaria á su término.

Además de los impedimentos que desde un principio tenia el local, como era la escalera malísimamente colocada, la entrada poco decente, y sin luz ni respiracion, vino á agregarse la de que, sin duda por haber ahondado 5 pies el suelo, llamó allí la vertiente de las aguas, y de repente apareció un manantial que, abriéndose paso por entre las juntas de los jaspes ya sentados, los desordenó y descompuso, convirtiendo el Panteon en un lago profundo. De aquella continua humedad resultó, como era consiguiente, la destruccion de los ricos mármoles y la inmediata oxidacion de los bronce, que en su mayor parte quedaron inutilizados. Avisado el Ministro de tan grave novedad no juzgó oportuno pasar al Escorial, y desde Madrid daba órdenes á su antojo, que solo servian para gastar tiempo y dinero.

El remedio se dificultaba cada vez mas, los inconvenientes crecian, y todos cuantos maestros echaban una ojeada á la obra se volvian encojiéndose de hombros. Unos aconsejaban al rey que desistiese de la empresa, y comenzase el Panteon en otro sitio; y tratando otros de remediar el mal de la inundacion, que era el mas capital, acordaron que al rededor de los jardines mas cercanos al Panteon se construyesen unas alcantarillas, facilitando de esta suerte el desagüe. Púsose en planta este proyecto, cuya ejecucion debia costar sobre 30.000 ducados; pero despues de haberse gastado una buena porcion de esta suma se vió, como suele acontecer, que el remedio no curaba la enfermedad, puesto que el mal estaba en otra parte. Todos estos contratiempos, todas estas dificultades y tanto gasto infructuoso agotaban la paciencia de Felipe IV, como manifestó en varias ocasiones.

Así las cosas, en medio de aquella disparidad de opiniones á cual mas absurdas é inútiles, en medio de aquellas imaginaciones míopes y espíritus vulgares, descollaba un hombre, si no oscuro por su talento, puesto que dió pruebas de todo lo contrario, confundido al menos entre aquella masa incapaz de verter una idea conveniente en la cuestion del momento; un hombre que hasta entonces habia guardado completo silencio, escuchando á unos y á otros, y formando juicio de cuanto pasaba; un hombre estudioso, pensador, de recto juicio y regular instruccion, el monje Fr. Nicolás de Madrid, Vicario á la sazón, que en los ratos que le dejaba libre su penoso encargo bajaba solo al ya desahuciado Panteon, y meditando sobre el terreno, analizando, calculando é investigando, llegó á encontrar no solo posible sino fácil y realizable con poco gasto la obra que tantas dificultades ofrecia. Espuso con tal precision y claridad su pensamiento al rey, que convencido éste de la bondad del proyecto lo aprobó en todas sus partes, nombrándole desde aquel momento director y superintendente de la obra, y facilitándole en consecuencia todo lo necesario.



FR. NICOLAS DE MADRID (*).

(* Este retrato está colocado en la escalera del Panteon, y lleva el núm. 104.

Acometióse de nuevo la obra bajo la direccion del monje, formando los planos y diseños Alonso Carbonell, arquitecto mayor de S. M., y ejecutándolos el entendido marmolista Bartolomé Zumbigo. Lo primero á que atendió Fr. Nicolás fue á remediar el daño que causaban los manantiales, y darles vertiente por debajo del Panteon hácia el conducto general, que estaba bien cerca; y esta operacion, que tan en tortura habia puesto á algunas cabezas, quedó perfectamente terminada y conseguido su objeto, como hoy se ve, sin mas coste que el de *seiscientos dos reales vellon* (1).

Vencida esta primera dificultad, cuyo resultado sobrepujó á todas las esperanzas, la idea de su terminacion era ya una verdad; y los monjes, que habian sentido extraordinariamente aquellas dificultades, calculando que si se hubiera empezado otro Panteon acaso nunca se hubiera terminado, colmaban de parabienes á su digno compañero, y se regocijaban con la idea de que aquella preciosa basilica llegaria á verse del todo acabada. Siguiendo aquel entendido monje en su obra, se ocupó en dar luz y respiracion á aquel local. Para conseguirlo mandó abrir una gran ventana en la pared de la iglesia por el lado de Oriente, donde tiene mucho grueso, y lo hizo con tal acierto que fue á encontrarse justamente con los claros de los lunetos del Panteon y sin tocar para nada los jaspes. La luz que por esta ventana entra en aquel local la recibe del *patio de los Mascarones*, ó sea el *mango de la parrilla*; y aunque no es en gran cantidad en atencion á la distancia que tiene que recorrer, es sin embargo la suficiente para que aquel sitio pueda ser visitado sin el auxilio de la luz artificial, sobre todo por la mañana, que el sol de Oriente arroja sus rayos en aquel patio. Y así está bien; que aquella morada fúnebre solo debe ser alumbrada por una claridad dudosa, cual si la luz, poseida de respeto, no osara acercarse sino tímida y menguada á los huesos que en otro tiempo sojuzgaron la tierra. De esta suerte, dice un célebre orador, aquellos esqueletos cuyos dueños contaron tantos aduladores, inducen nuestro ánimo á la contemplacion de la grandeza eclipsada: grandeza que solo nos ha dejado de su brillo un nombre, acaso olvidado, y un breve epitafio que pocos leen; y abandonada de esta suerte al campo de las reminiscencias, traspórtase nuestra alma á las épocas que pasaron para ver la sucesion continua de sus hechos al propio tiempo que la larga serie de nuestras desgracias.



MARIA DE LA CRUZ.



ALONSO CARBONELL.



MARIA DE VELASCO.

El coste de la obra fue tambien en extremo económico, si se atiende al trabajo que costaria perforar un muro de tan enorme grosor, y con todo el cuidado necesario para que la fábrica no se resintiese. En esta obra se emplearon solo 5.098 reales con 23 maravedís.

Lleno de satisfaccion Felipe IV, y animado con el buen resultado de las dos primeras pruebas, ya no abrigaba la menor duda de ver pronto terminada la obra: habia encontrado á su hombre, y con su auxilio despreciaba los obstáculos. Buscáronse al efecto los mejores artifices plateros, doradores, bronceistas, fundidores y marmolistas hasta el número de 50, entre los cuales figuraban dos escelentes bruñidoras, María de la Cruz y María de Velasco.

(1) Sin embargo, aquel parage es en extremo húmedo, y para cerciorarse de ello bastará examinar el fatal estado en que se hallan los mármoles, sobre todo hasta la altura de mas de 1 metro. Son tales los estragos que la humedad ha causado y causa sobre esta sustancia, que hay parajes donde faltan enormes pedazos de jaspe.



lit. de S. Gonzalez S^{ta} Clara & Madrid.

R. Casado lit.^o

FELIPE IV.
Roy de España
1609 VALLADOLID.

yo el Rey

PHILIPPE IV.
Roi d'Espagne
1669. MADRID.

Lleváronse al Escorial ricos mármoles de S. Pablo de las canteras de Toledo, y el diligente Fr. Nicolás hacia los ajustes, inspeccionaba los trabajos, compraba y revisaba los materiales, llevaba la cuenta y razon; en una palabra, no descansaba: todo lo veía, todo lo tocaba, era el sobrestante, el director, el alma de la obra, ni mas ni menos que el lego Villacastin en la edificación del convento. No parecía sino que la Providencia había deparado aquellos dos hombres distinguidos para dar felice cima al soberbio Escorial.

Parecióle á Felipe IV, que quien tan buena cuenta daba de los caudales que se le encomendaban, y quien había tenido suficiente talento para desatar tan enredado nudo, sabría igualmente darla de su gobierno, y le nombró Prior de aquella casa en 1647. Sin embargo, Fr. Nicolás no estaba aún satisfecho, á fuer de hombre atentado en sus juicios mas de pronta comprension; conocia que no había hecho poco, pero una íntima convicción le decia que aún le restaba lo principal: quedábale por realizar una invención importante, y sin la cual nunca hubiera sido una cosa notable. Fr. Nicolás no conocia la inacción; estaba orgulloso con sobrada razon, así del buen éxito de su empresa como de las finas atenciones del monarca y compañeros monjes; y mientras los mármoles y bronce iban embelleciendo la subterránea capilla, él meditaba acerca del modo mas seguro y fácil de dar una entrada decente, espaciosa, correspondiente y digna al Panteon, pues la que entonces tenia, como queda dicho, era lóbrega é indecorosa, y caía fuera del templo, justamente por el sitio que ahora se llama *Cantina de la Cera*. Imposible parecía el poderse ejecutar esta obra en atención á la solidez y espesor de los muros que por todas partes se presentaban, y que formaban los mismos cimientos: pero Fr. Nicolás estuvo inspirado; la llama creadora que le iluminaba se robustecía de día en día, y burlándose de todas las dificultades, y jugando, digámoslo así, como Herrera con aquella inmensa mole de piedra, mandó romper el último arco contiguo á la sacristía, que era una pared maciza de granito, de donde se sacaron piedras de descomunal grandeza (*).



FR. JUAN DE LA CONCEPCION.



FR. EUGENIO DE LA CRUZ.

Practicó en seguida un tramo de escalones que se unian á los antiguos, pero con tal acierto, con tal inteligencia, que no hubiera salido mas exacto dibujado en un papel, y teniendo á la vista el punto que buscaba.

Así es que cualquiera que ignore estos pormenores, se halla muy distante de sospechar que la traza de dicha escalera no haya sido hecha de un solo golpe.

La frecuente presencia del rey en el Escorial, donde además de la obra del Panteon le llamaba su decidida afición á la caza, contribuía á que no perdiese de vista los trabajos. Decidióse á enriquecer su bóveda ó cúpula adornándola con grutescos de bronce dorado, formando así mas igualdad y contraste con el resto del edificio. Encargáronse de este trabajo los dos monjes Eugenio de la Cruz y Juan de la Concepcion, los cuales formaron en los lunetos los preciosos arabescos de bronce dorado que

(*) Santos, fóllo 128.